

EL CATÓLICO.

PERIÓDICO RELIGIOSO, CIENTÍFICO, LITERARIO Y DE VARIEDADES.

REPÚBLICA DEL SALVADOR EN CENTRO-AMERICA.

NO IX—T. IX |

San Salvador, Domingo 24 de Febrero de 1889

| S. XXXI—N. 372

REDACTOR Y EDITOR RESPONSABLE

José Antonio Aguilar.

AGENTE GENERAL

Federico Prado.

ENCÍCLICA

DE

NUESTRO SANTÍSIMO PADRE LEON XIII

POR LA DIVINA PROVIDENCIA, PAPA.

A los Venerables Hermanos los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos, y á los queridos hijos, todos los fieles, en gracia y comunión con la Sede Apostólica.

LEON XIII PAPA.

Venerables Hermanos, queridos hijos, salud y bendición Apostólica.

Al declinar del año, en que por singular obsequio y beneficio de Dios hemos celebrado, sanos y salvos, el quincuagésimo aniversario del Sacerdocio, Nuestro espíritu recorre naturalmente con el pensamiento los meses pasados, y en el recuerdo de todo este tiempo grandemente se complace. Y tiene ciertamente en qué: pues un suceso que no era grande en sí mismo, ni maravilloso por su novedad, suscitó tantas veces en los ánimos un entusiasmo nunca visto, y fué celebrado con tantas y tan luminosas manifestaciones de enaltecimiento y alegría, que no se podía desear mas. Todo lo cual ciertamente Nos fué extraordinariamente grato; pero lo que sobremanera apreciamos en aquellas manifestaciones, es el significado de los actos realizados y la constancia en la fé francamente profesada. Las unánimes aclamaciones con que en todas las partes del mundo se Nos saludó, dicen clara y abiertamente que en todas las regiones miran al Vicario de Jesucristo las inteligencias y los corazones; que en medio de tantos males que nos oprimen, los hombres vuelven esperanzados los ojos á la Sede Apostólica, como á una fuente perenne y pura de salvación, y que donde quiera que existen católicos, se respeta, se venera y se ama, como es debido, con santo amor y concordia suma, á la Iglesia Romana, madre y maestra de todas las iglesias.

Por todo esto, en los últimos meses, mas de una vez levantamos los ojos al cielo, dando las gracias á Dios, óptimo é inmortal, que benigno Nos ha concedido mas larga vida, y aquel alivio de Nuestras penas de que hemos hablado. Al mismo tiempo, siempre que tuvimos ocasión, hicimos constar, ante quien convenia, el reconocimiento de nuestra alma. Ahora la terminación del año y del Jubileo nos invita a renovar el recuerdo del beneficio recibido, y Nos agradecerá mucho que la Iglesia toda se una á Nos para

reiterar al Señor esta acción de gracias. Nuestro corazón, al mismo tiempo, pide que públicamente os demos testimonio, y lo hacemos con la presente Carta, de que, como Nos sirvieron de no pequeño lenitivo en Nuestros cuidados y trabajos los muchos testimonios de obsequio, cortesía y de amor recibidos de vosotros, así también vivirán perennes en Nos el recuerdo y el reconocimiento.

Pero nos queda por cumplir un deber mas grave y mas santo. En esta excitación de los ánimos, alegres al rendir con inusitado ardor, reverencia y honor al Romano Pontífice, Nos vemos la potencia y la voluntad de Aquel que suele frecuentemente, y es el único que puede sacar, aun de las cosas mas insignificantes y pequeñas, grandísimos bienes. Parece, por lo tanto, que el providentísimo Dios ha querido, en medio de tantos choques de ideas, reanimar la fé, y ofrecernos al mismo tiempo la ocasión de llamar al pueblo cristiano al amor de una vida mas ordenada. No queda, pues, sino poner mano á la obra, á fin de que lo que ocurra responda á lo que promete lo ocurrido; á fin de que los designios de Dios sean conocidos y actuados en la práctica de la vida. Entonces, finalmente, el obsequio á esta Apostólica Sede será completo y en todas sus partes perfecto, cuando, asociado al ornamento de las virtudes cristianas, sirva para conducir á los hombres á la salvación, cuyo fruto es el único deseable y eternamente durable.

Desde la elevación del Ministerio apostólico, en que la bondad de Dios Nos ha colmado, hemos tomado, como era de razón, la defensa de la verdad, y hemos expuesto principalmente aquellos puntos de doctrina que Nos parecen mas acomodados á las necesidades de estos tiempos y mas provechosos al bien común, á fin de que, conocida la verdad, procuren todos huir del veneno mortífero de los errores. Así, ahora, como padre amantísimo á sus hijos, Nos queremos hablar de nuevo á todos los cristianos y excitar con familiar exhortación á cada uno de ellos, á acomodarse en un todo á los deberes de la vida cristiana. En efecto: para bien merecer el nombre cristiano, además de la profesión de la fé, es necesario el ejercicio de las virtudes cristianas, de las cuales depende, no solo la salvación eterna del alma, sino también la verdadera paz social y la tranquilidad de la sociedad civil. Si se investiga cual es el género de vida que se hace hoy, no hay nadie que no reconozca cómo las costumbres públicas y privadas se separan de los preceptos evangélicos, de tal modo, que parece convenir principalmente á nuestra edad la sentencia del Apóstol San Juan, cuando dijo: *Omne*

quod in mundo est, concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum, et superbia vitae.

La mayoría de las gentes olvidan, en efecto, de donde vienen y adonde son llamados, fijan todos sus pensamientos y todos sus cuidados en los bienes caducos y vanos de la tierra, y contra la naturaleza y con menosprecio del orden establecido, se hacen voluntariamente esclavos de las cosas, que, según la razón, el hombre debe dominar. Es natural desde este momento que el amor de las comodidades y de los placeres conduzca al deseo violento de poseer lo que conduce á adquirirlos. De aquí esta codicia sin freno del dinero, que ciega á todos los que están atacados de ella, y los arrebatada, sin medida para obtener lo que buscan, sin distinguir á menudo entre lo justo y lo injusto, é insultando también á menudo la miseria de los demás. Y así, muchísimos que se pasan la vida nadando en el oro y que invocan ante el pueblo la fraternidad, lo menosprecian soberanamente desde el fondo del corazón. Del mismo modo su espíritu, lleno de orgullo, trata de sacudir el yugo de toda ley, no respeta ninguna autoridad y da al egoísmo el nombre de libertad, y cada uno se cree libre, *tanquam pullum onagri se natum liberum natum putat*

Añádanse á esto las excitaciones al vicio y las funestas invitaciones al pecado. Queremos aludir con esto á las piezas licenciosas é impías que se representan en el teatro, á los libros y á los periódicos escritos para honrar el vicio y burlarse de la virtud, á las artes mismas, inventadas para la comodidad de la vida y el honrado esparcimiento de los espíritus, convertidas en excitantes de las pasiones. Resulta de aquí que no es posible dirigir la mirada á lo por venir sin turbación, al ver los nuevos gérmenes de males que continuamente se depositan y se acumulan en el seno de las nuevas generaciones. Sabido es también lo que sucede en las escuelas públicas, en las que no hay sitio alguno para las autoridades eclesiásticas. En el momento mismo en que sería tan necesario inculcar con el mayor cuidado en los espíritus, aun tiernos, de los niños, la práctica de los deberes cristianos, la enseñanza religiosa, en la mayor parte de los casos, no existe. Cuanto á los adolescentes, encuentran un peligro mas grande aun, á saber: una doctrina viciada, la cual á menudo sirve mejor para infatuar á la juventud con los sofismas del error, que para instruírla en el conocimiento de la verdad.

En efecto: en la enseñanza de las ciencias existe gran número de profesores que dejan á un lado las enseñanzas de la fé divina, porque prefieren filosofar con la sola autoridad de la razón. De donde resulta que, permaneciendo alejados del fundamento sólido y de la abundante luz de la fé divina, caen en el error porque en muchos casos no conocen lo verdadero. Por ejemplo, creen que todo lo que hay en el mundo es corporal; que los hombres y los animales tienen un mismo origen y una misma naturaleza: no faltan algunos que duden de si existe ó no existe Dios, Soberano Señor de las cosas y creador del mundo, ó que caen, como los paganos, en deplorables errores sobre su naturaleza. De donde se sigue que se tergiversan el concepto y la forma de la virtud, del derecho y del deber. Así, mientras por un lado proclaman con orgullo la soberanía de la razón y exaltan mas allá de lo debido las fuerzas de su espíritu, cumplen por otro la pena de su orgullo por la ignorancia de las verdades mas importantes. Por esta perversidad de las ideas, se infiltra en las venas y hasta en la médula de los individuos y de las sociedades la corrupción de las costumbres, que solo puede ser curada en gentes así enfermas con la mayor dificultad; porque por un

lado los falsos principios falsean el juicio de la honestidad, y del otro falta la luz de la fé cristiana, que es el principio y el fundamento de toda justicia.

Por estas razones todos los días vemos con nuestros propios ojos, con cuántos males está trabajada la sociedad humana. El veneno de las malas doctrinas ha invadido con rápido curso la vida pública y privada: el *racionalismo*, el *materialismo* y el *ateísmo* han dado origen al *socialismo*, al *comunismo* y al *nililismo*, malhadadas y funestas pestilencias que lógicamente é inevitablemente se derivan de aquellos principios. Y en verdad, si se puede impunemente rechazar la religión católica, cuyo origen divino se evidencia con pruebas tan claras y evidentes, ¿por qué no se habría de rechazar cualquiera otra forma de culto, que ciertamente carece de tales pruebas de credibilidad?

Si el alma no es, por su naturaleza, distinta del cuerpo, y, por consiguiente, si en la muerte del cuerpo no nos queda una esperanza de una bienaventurada eternidad, ¿por qué nuestras fatigas y esfuerzos por someter los apetitos á la razón? El sumo bien del hombre habría que colocarle en el goce de las comodidades y placeres de la vida. Y como que no hay nadie que por instinto é impulso de la naturaleza no tienda á la felicidad, seguramente que cada uno tendría derecho, según su poder, para despojar á los demás de lo que poseyesen y buscar su felicidad. Ni habría poder en el mundo que contase con tan poderosos frenos para refrenar las impetuosas pasiones, porque donde se ve repudiada la suma y eterna ley de Dios, fuerza es que se infrinja el vigor de las leyes y que se desvirtúe toda autoridad. De aquí que no pueda menos de perturbarse la sociedad humana, viéndose cada uno de sus miembros impelido á perpetua lucha por insaciables deseos, afanándose los unos por conseguir los bienes codiciados y los otros por conservarlos.

Tal es la tendencia, en efecto, de nuestra época. Sin embargo, hay de qué consolarse, á la vista de los males presentes, y motivos para elevar el ánimo á alegres esperanzas para lo por venir, puesto que *Deus creavit ut essent, omnia, et sanabiles fecit nationes orbis terrarum.* (Libro de la Sabiduría, I, 14.) Dios creó las cosas para que existiesen, é hizo sanables á las naciones de todo el orbe. Pero como este mundo no puede conservarse sino por la voluntad y providencia de Aquel que le ha creado, de igual modo los hombres no pueden sanar sino por la sola virtud de Aquel que los ha redimido. Porque si Jesucristo, al precio de su sangre, rescató una vez al género humano, sin embargo, perenne y constante es la eficacia de tanta obra y de tanto beneficio: *et non est in alio aliquo salus* (y no hay fuera de él salvación).

Por esto los que se esfuerzan, por medio de las leyes, en extinguir el fuego creciente de las pasiones populares, luchan, es verdad, por la justicia; pero deben comprender que se consumirán sin resultado, ó por un resultado pequeño, mientras que se obstinan en repudiar la eficacia del Evangelio y en no querer recurrir á la cooperación de la Iglesia.

Para curar los males de la sociedad, es preciso que, cambiando de opinión, se vuelvan á Jesucristo y á una vida cristiana, tanto la sociedad como los particulares.

Ahora bien: el resúmen y el punto capital de la vida cristiana, es de no condescender con las costumbres corrompidas del siglo, sino antes bien oponerse á ellas con firmeza varonil. Esto es lo que proclaman las palabras y los actos, las leyes y las instituciones, la vida y la muerte de Jesucristo, *autor y consumador de la fé.* Por esto, aunque el estado de depravación de la naturaleza y de las costumbres nos

la Revolución, hay vastas extensiones en donde la tercera parte de la población no ha recibido jamás á su Dios, ni conocido la doctrina cristiana, ni sentido en su frente el agua bautismal.

II

No se detienen allí, Señores, las audacias del evangelio revolucionario; hay un principio, tan fatal como el primero, en potencia igualmente, en sus artículos: el advenimiento del *Dios-Estado*.

Escuchad: "El principio de *toda soberanía* reside en la naci

"*La ley es la expresión de la voluntad general.*"

Es necesario verdaderamente que la raza humana sea tan cretina como en los días de su nacimiento, para dejarle coger con tan groseras añagazas, y haber aclamado como libertador el código mismo de su servidumbre.

En esta proclamación insensata de la soberanía absoluta de la ley, producto ella misma del número, se encuentra en germen toda aberración social; es un desorden de doble faz: usurpación contra Dios, servidumbre contra el hombre.

Usurpación contra Dios: Él es dos veces ofendido: desde luego, porque El es el único soberano, en el rigor del término.

¿De dónde podría, sin Él, venirle al hombre el derecho de mandar al hombre, su igual?

Porqué sabe más? ¿En dónde se encontrará al examinador?

Porqué tiene la razón? ¿Quién será el juez?

Porqué tiene el número? Pero aunque ellos fuesen cien mil, y se emplearen durante cien mil años en herir á un solo hombre en su derecho, ¿será que á fuerza de golpes y de años habrán puesto ellos el derecho de su parte? Todos los poderes del universo lograrían acumular la fuerza sobre la fuerza, pero no la elevarían jamás á la altura del *derecho*.

¿Es á nombre de la necesidad? ¿Quién la probará? Pero la necesidad misma no es sinó una forma de la fuerza.

¿Es acaso en nombre del orden? ¿Qué es el orden para mí, si ese orden me incomoda, y si no hay en ninguna parte una autoridad superior al hombre para imponerlo á todos?

Sólo Dios es esta autoridad; El es la autoridad misma, y toda autoridad pública ó privada no es sinó una delegación de la suya; El es el dueño universal, porque El es el criador universal, y porque toda criatura está en sus manos como la arcilla en las manos del alfarero.

Pero El no es solamente dueño por derecho de creación; lo es aún, porque es la razón sustancial y la justicia viviente. Pero el absolutismo de la voluntad general, es la negación pura de la soberanía de la justicia; que se niegue ó que se confiese, es la apología salvaje de las opresiones del espíritu que sucumbe bajo el materialismo del número. ¿Por qué extraño trastorno del lenguaje, tal principio ha podido escribirse entre los derechos del hombre? Yo no sé; pero lo que es más claro que la luz de un cielo meridional, es que el derecho del hombre libre es aquí tan desconocido como el del mismo Dios.

Vosotros lo oís, conservadores atrasados en el culto de la *Declaración de los derechos*. ¿Queréis veros tratados según la inexorable lógica de ese catecismo? Ah! vosotros renegáis del reinado del verdadero Dios, y llevaréis el yugo del Estado-ídolo.

El socialismo adquiere la máscara, y viene á decirnos:

—"Tú no eres el dueño de esa herencia, que quieres dejar al más digno; lo soy yo, que soy el Estado. Yo dispongo de ella. Yo tomo una parte en nombre

del impuesto. Hoy, la décima parte; mañana, la cuarta; un día, la mitad, si eso me conviene. Tú no dispondrás del resto, sinó en la medida fijada por mí. Si no tienes hijos, ó en caso de que no testes, soy yo quien fija también el grado de familia apta para heredarte. Yo puedo, á mi antojo, estrechar su círculo, y, sobre todo, ¿quién no impide suprimir la herencia completamente?—Yo soy el Estado."

¿Qué! te rebelas? Esa es la voluntad general: esa es *la ley*.

El comunismo viene á su turno: "Yo soy el Estado, el dispensador de toda riqueza, el gerente de toda industria, el padre putativo universal, el propietario colectivo, dame tu haber. Permanece tranquilo, yo lo partiré lealmente entre todos, y no te olvidaré."

—Pero ese es el techo de mis padres, en donde yo quiero morir. Ese es el campo que yo he fecundado; pero vos lo dais como prima al que duerme mientras yo trabajo, al que se regala burlándose de mi fatiga; eso es imposible! es un robo, una demencia, porque mañana tendréis que volver á comenzar. Pero la propiedad es un derecho sagrado, vos mismo lo habéis escrito.

—Sí! . . . hasta que la *voluntad general*, decida otra cosa. Silencio, y respeto á ella! ¡no! tú no tendrás el trabajo de entregar tus bienes, se irá á tomártelos: esa es la ley!

Hé aquí el monopolio de la enseñanza, que habla con gravedad al padre de familia.

—"Yo soy el Estado: el padre universal. Tus hijos son mis hijos. Yo tengo el derecho y me encargo de instruirlos, de educarlos, de darles una alma según la mía, ó de enseñarles que no tienen alma, si ese es el parecer de la mayoría. Mañana, yo tomaré tu hija para formar la mujer del porvenir. La instrucción es gratuita, laica y obligatoria. ¡Viva la Libertad!"

—Por ahora la cosa es demasiado dura. Mis hijos? Esa es la sangre de mi corazón, el alma de mi alma, la vida de mi vida. Yo los he convidado al sér; los he alimentado con mi sustancia física y moral; les he criado con un amor incomunicable que el Estado no conoce jamás. ¡La familia es libre! ¡La conciencia es libre! En nombre de la santa libertad, yo os conjuro, respetad mi hogar.

Vanos clamores! Quejas arrojadas al viento! Padres y madres, rasgad vuestros corazones é inclinad la cabeza; esa es la ley!

Vosotros lo oís, Señores, ninguna servidumbre, ninguna injusticia, ninguna locura hay que no pueda ser consumada y justificada por el principio de la soberanía del número. ¿Qué queréis? ésa es la voluntad! esa es la ley, esa es la emancipación de la humanidad, Saludad la gran luz de 89.

Tregua á la ironía, señores, el asunto es grave. Pues bien, la historia abunda en rasgos de claridad deslumbradora; ella se encarga de manifestar, una en pos de otra, al mundo, las mentiras ocultas bajo las promesas del espíritu del mal, y que el pretendido reinado de la voluntad general no es sinó una decepción más. Nunca, talvez, fué ella más abofeteada, que después de la proclamación de su advenimiento. ¿Es acaso la voluntad general la que dirige los destinos franceses? . . . ¿Los veis entregados á todos los juegos de la fuerza y del azar? Diez veces, en un siglo, la Francia ha sido víctima de esas gentes impías. Un día, son un puñado que se llama el pueblo: ellos explotan una palabra sonora, una mala pasión ó una desgracia pública. Una ola de hombres golpea las puertas del Hotel de Ville en París: hé allí una revolución. Pasan algunas horas, y el telégrafo hace saber á la Francia, pobre soberana cautiva, que, sin saberlo, ella se ha dado nuevos amos. Oh pueblo!

cuándo caerás en la cuenta de que la famosa Declaración es un modelo de mistificación, y de que la verdad es la gran libertadora?

III.

Hay un tercer principio de desorden social, un dogma ciertamente nuevo, que el 89 introdujo en la Francia y en el mundo.

Es el derecho para todo ciudadano de comunicar, de escribir, de imprimir sus opiniones, hasta las religiosas... con tal que su manifestación no turbe el orden público establecido por la ley.—Se sabe ya lo que es la ley.

Este es la inauguración del dogma liberal, con sus dos facetas y su doble lenguaje: el uno, que proclama igual derecho á la circulación de todas las doctrinas; el otro, que lo somete sin reserva al arbitrio de todas las mayorías.

En estas tres líneas, qué de desafíos á todos los principios del sentido común!

El liberalismo así comprendido y dogmatizado, se miente desde luego á sí mismo: porque, si él enarbola el estandarte de la libertad, lo abate al mismo instante ante los caprichos del número.

Después de haberse mentido á sí mismo, lanza un desafío á la revelación cristiana y á la historia del género humano: porque él lo supone en su justicia original, y éste no lo está. La tendencia del mundo es al error y al mal. Se podría decir, una inmensa y perfecta conjuración contra la razón divina. Cuando ella se encarna para salvarla, el mundo la crucifica; después de diez y ocho siglos de resonancia de ese verbo divino, las tres cuartas partes de la población del globo le cierra aún sus oídos y su corazón. Y si se reúnen en una convención única, todos los pueblos de la tierra para confiar al sufragio por cabeza los destinos del mundo, lo que queda en nuestras leyes de grandeza y de belleza moral vendría á tierra talvez, gracias al contingente de los cafres y de los hotentotes, bajo las decisiones sublimes de la voluntad general del género humano.

Lanza un desafío á la religión, porque colocándola en el simple rango de las opiniones humanas, niega por lo mismo todo culto y toda creencia impuesta al hombre por una autoridad divina.

Lanza un desafío á la verdad, porque este hipócrita respeto de todas las doctrinas no es, en el fondo, sino el menosprecio de la verdadera; él es la negación social ó de la existencia ó del conocimiento de lo que es verdadero, y no afirma sino una cosa: el escepticismo del legislador.

Lanza un desafío á la autoridad, porque desconoce la grandeza de su misión, al mismo tiempo que el carácter de las sociedades humanas. Estas no pueden vivir ni desarrollarse sin gobierno. El hombre, ser social, es pues esencialmente un ser gobernado, con el mismo título que un ser enseñado. El poder no es ni un pedazo de palo, ni un simple agente de policía; es un gobierno, es decir, un guía en la marcha de los pueblos. Y que no se diga: ¡esto es contrario á la libertad! porque según la bella definición cristiana: gobernar, es dirigir seres libres hacia su fin. Hé aquí por qué negar esta dirección, el más doble de sus deberes, es degradar la autoridad.

El liberalismo es un desafío á la libertad, porque la libertad mas sagrada del hombre es la de marchar á la luz de la verdad—él tiene derecho á ella para su espíritu, como su pecho al aire vital. El conflicto igualitario y tenebroso de las ideas mas contradictorias sobre sus mas caros intereses, le desconcierta y le estrecha. El polvo de ese combate le ciega. El escepticismo legal concluye estrechándolo en sus brazos helados, para tenderlo para siempre en el sudario

de la desesperación. Preguntadlo á la sombra de Joffroy la gran víctima de la duda social.

El ultraja y materializa la conciencia humana, porque la indiferencia en la irradiación del pensamiento, con tal que ella no turbe directamente el orden público, desconoce su poder y su grandeza. El niega la responsabilidad, temible tanto como gloriosa. Un día un liberal célebre y hombre muy honrado, escribía que no existía crimen de pensamiento. Pensador irreflexivo! como si el pensamiento no estuviese precisamente en la raíz de todo crimen y de toda virtud. Oh! no era así como el Salvador del mundo, que portaba para regenerar la conciencia humana, el castigo como el mal mismo realizado, mas secreto deseo del mal; Él trazaba como la gran ley de todos los actos, el amor de Dios y de los hombres grabado en el fondo del corazón.

El liberalismo ilimitado es un gran corruptor, porque la repudiación sacrilega, en nombre de la sociedad, del derecho del bien contra el mal, ese dejar hacer oficial de todas las provocaciones al vicio, á la obscenidad, al odio, á la envidia, amengua y mata á la larga el sentido moral de los pueblos. El le entrega sin regla á todos los ardores brutales de la bestia salvaje que ruje en él, y á las últimas abyecciones del sentido físico que habla siempre claro.

Recorred un día, si podeis, los millares de diarios y de libros que desbordan de lujuria y de impiedad, que manchan la mirada y el corazón; seguid en los hechos diversos ó en los tribunales, los atentados sin número y sin nombre en que se encuentran hoy todas las edades, y decidme, si os atrevéis, si las libertades absolutas de la prensa, de la venta de papeles, del grabado y del teatro, son libertades sagradas. Oh! no! esas no son libertades. Son atentados flagrantes á la libertad primordial del hombre y del ciudadano—la de circular él mismo á la luz del sol de su país, al través de sus artes y de su literatura, sin respirar un aire emponzoñado.

No! gracias á Dios, el liberalismo no es la libertad.

El liberalismo, lo habéis visto, es la tiranía de la ley sin Dios.

La libertad es el derecho de obedecer á Dios más bien que á los hombres.

El liberalismo es la vagancia del espíritu, sin brújula, en el círculo inferior de las opiniones humanas.

La libertad es la dilatación sin medida de la inteligencia, en la esfera sin límites de la verdad.

El liberalismo es una cosa y un nombre nuevo, no existía ayer, no existirá mañana, dormirá un día en el polvo en que duermen los errores pasados. Ellos fueron modernos á su turno y ya no existen.

La Libertad no ha tenido nunca principio ni tendrá fin; ella es, en toda eternidad, el atributo del Ser por esencia. Sobre la frente del hombre, es el reflejo del atributo divino; y mientras que el hombre mismo se aferra á Dios, él guardará intacta la gloria de su marca divina.

¡Oh! vosotros, pues, que amais la libertad, guardaos de los principios que os hacen dejar la presa por la sombra!

Pero no lo olvidemos, y no vamos mas allá de la verdad, porque ése es aún un modo de serle infiel. Todo en 89 no está marcado con el mismo sello.

Ha habido allí, en el movimiento tan complejo de la Francia en esa época, una corriente verdaderamente justa y renovadora. Amor sincero del bien público, reacción contra el absolutismo de la monarquía galicana, publicidad de la justicia, respeto á los acusados, repartición proporcional de las cargas públicas: transformación social, que convidaba á la multitud á una condición mejor, y á la nación misma á to-

mar una parte mas activa en sus destinos.

Pero todos esos progresos y otros, son también dones del Evangelio, como los frutos de otoño son también dones del sol, por su calor acumulado en el momento mismo en que la tierra parece apartarse de sus rayos; ellos son, por decirlo así, la miel cristiana dejada al borde de la copa por el tentador, para hacer beber la embriaguez á tantas gentes honradas seducidas. Nada de todo eso es la *Revolución*, y dos cosas parecen ciertas: la una, que su esencia es la revuelta; la otra, que la *Declaración de los derechos del hombre* contiene todo entero el espíritu satánico.

¿Quién es ese espíritu el que levante la pirámide social, te reque es él quien la ha derribado.

¿Quién, pues, la levantará?

¿Quién enderezará esta maravillosa pirámide de las ciudades humanas en el orden, hecha no de piedra ó de metal, como la torre de Babel, ó la otra que se levanta allá bajo en el horizonte, sino de seres pensantes, libres é inmortales? ¿Quién? Solo Aquel que la ha hecho, el verdadero Dios vivo, uno en tres personas.

El criador y revelador, que ha colocado las bases, por la justicia, en el Decálogo; el redentor, que, por la infusión de su sangre en las venas del hombre, lo ha trasportado al punto culminante de la belleza moral; el santificador, que es, por la caridad, el cemento y la vida.

Y pues que, según la palabra que no pasa, el hombre no llega á Dios sino por el Hijo de Dios hecho hombre, heredero universal de la creación; el reino de Dios se traduce por el reino social de Jesucristo, es decir, la instauración ó la restauración de todas las cosas, principios, leyes, instituciones y poderes, según la regla y la ley cristianas. Allí se encuentran confundidos los derechos de Dios y los derechos del hombre en magnífica armonía. Allí está el único baluarte de la civilización amenazada.

La expansión del reino de Cristo sería la florescencia del ideal mortal. La sola proclamación de esta realeza, al lado de la cual todas las otras no tienen sino coronas de vidrio, mientras que ellas no adquieren el temple divino; será para uno de esos pueblos iniciadores de que he hablado al principio—y por qué no nombrarlo?—para la Francia, nuestro glorioso y desgraciado país, un bello desquite de su antiguo honor, prelude de todos los otros. El siglo que abriere bajo la bandera de Dios la marcha de los siglos nuevos, tendría un título eterno al reconocimiento del porvenir.

¿Por qué, ese siglo no sería el nuestro?

Mirad al frente y arriba. Sucede alguna cosa grande.

Mientras que la Francia oficial, no ciertamente la verdadera Francia bautizada por Lázaro, hija primogénita de la Iglesia, sino la Masonería, falsificadora de su palabra, festeja el centenario del evangelio mentiroso de la Revolución, el Evangelio de la verdad, ayudado por los progresos de la ciencia, hasta por las armas de aquellos que le niegan, avanza cada día un paso en la carta del mundo.

La persecución, como un huracán fecundo, dispersa á lo lejos la semilla de la palabra divina.

Sobre los átomos de ceniza muerta que depositan los blasfemadores del Catolicismo sobre las vanas estatuas que no hacen revivir sino el recuerdo de su impotencia, el Papado, cautivo y despojado por el accidente de un día, resplandece en el centro de Europa con una inmortal juventud y una incomparable magestad. A nivel, por el rango soberano, con las mas altas potencias temporales, él las domina á todas por su prestigio moral, por la autoridad de su palabra, por la extensión de su mirada, por la sabi-

duría y la serenidad de sus pensamientos, por el respeto y el amor que se elevan á él de todos los puntos del universo.

¡Oh santa Iglesia católica romana! tú, que has denunciado todos los errores y que los has vencido; tú, cuyos diez y ocho centenarios son los testigos indestructibles de tus combates y de tus triunfos; tú, que guardas con el gobierno de las almas, el derecho eterno y la conciencia del mundo, y que los guardarás hasta el día en que, sentada á los piés del soberano Juez, juzgarás con Él al mundo llegado á su término; recibe aquí, no de mí, pobre servidor, de pobre palabra, y de corazón aun mas pobre, sino de esta sabia asamblea que va á inclinarse bajo la bendición del Sucesor de San Pedro, el homenaje de nuestra fe y de nuestra inquebrantable fidelidad. Pueda él subir á Dios como un testimonio de la fidelidad francesa, y como el gaje de la invencible esperanza de los pensadores católicos y franceses, en la salvación de la Francia por la virtud de Jesucristo.

GABRIEL DE BELCASTEL.

SECCION DE LO INTERIOR.

Miércoles de ceniza.—El miércoles próximo tendrán lugar en la Catedral y en las parroquias de esta ciudad, la solemne bendición y la imposición de la ceniza, con que la Iglesia comienza el santo tiempo de la Cuaresma.

Nada mas propio para despertar al hombre del olvido en que vive de las cosas eternas y para disponerlo al pensamiento de su redención, como recuerdo de su pasado, de su presente y su futuro; de donde viene, en donde está, á donde se dirige.

Esto es precisamente lo que se propone la Iglesia por medio de la ceremonia de ese día, esparciendo sobre la frente de los fieles un poco de ceniza y repitiéndole las palabras dirigidas por Dios á Adán, para desvanecer el orgullo de su primer pecado: *Acuérdate que eres polvo, y en polvo te convertirás.* Cualesquiera que sean sus méritos del pasado, su posición social en el presente y sus esperanzas para el porvenir, el polvo de su origen y la ceniza á que debe reducirse pronto, lo apartan del orgullo y lo mantienen en la humildad. En el fondo de su alma escucha la voz de la conciencia que le pregunta: *¿de qué te ensoberbeces, polvo y ceniza?*

Hay algunos incrédulos que, conceptuándose superiores á todo, desprecian y se burlan, sin entenderlas, de las sublimes ceremonias de la Iglesia. No han faltado periodistas entre nosotros, que han ridiculizado la augusta ceremonia del *miércoles de ceniza*. Pero ellos mismos se ponen en ridículo, burlándose de lo que los hombres mas sabios han respetado, y despreciando lo que los genios mas célebres han apreciado.

De la ceremonia del *miércoles de ceniza*, tan criticada por aquellos *sabios á la moderna*, dice Mr. de Chateaubriand: "Después del último día de la locura del Carnaval, muchas veces señalado por nuestros excesos, viene inmediatamente la ceremonia de la ceniza, así como la muerte viene en seguida de los placeres. *Oh hombre*, dice el sacerdote, *acuérdate que no eres mas que polvo, y que te has de convertir en polvo.* El oficial que estaba junto á los reyes de Persia, y el soldado romano que abatía el orgullo del general triunfador, no daban lecciones tan patéticas y terminantes."

Compárese el juicio de Chateaubriand con el de los referidos periodistas, acerca de esa solemnidad de la Iglesia.

Conferencias del Clero.—Los dias 25 y 26

del corriente se reunieron en el Palacio Episcopal los señores curas de la vicaría de San Salvador, los sacerdotes residentes en la ciudad y los clérigos ordenados *in sacris*, con la presidencia del señor Canónigo Penitenciario doctor don Miguel Vecchiotti, para tener la Conferencia teológica y el día de retiro espiritual, conforme á la ley diocesana.

Aunque está mandado que esos actos se verifiquen en toda la diócesis los días 24 y 25 de cada mes, las circunstancias de haber caído el 24 del corriente en domingo, día en que los señores párrocos no pueden faltar de sus parroquias, y de haberse celebrado en la Catedral una solemnidad que ocupó á los señores Canónigos y á varios otros sacerdotes de la ciudad, hicieron que se difriesen al 25 y 26.

En la conferencia teológica se dilucidaron importantes cuestiones relativas al Sacramento de la Penitencia, exponiendo la doctrina el que habia sido designado y contestando á las dificultades propuestas por señalados para argüir ó examinar.

El día de retiro se empleó en las meditaciones, lecturas, exámenes y preces indicadas para renovar el espíritu sacerdotal, estudiar los deberes del ministerio sagrado y perfeccionar su cumplimiento.

Influencia social de los Curas Párrocos.—

Uno de los cuidados mas solícitos del Ilustrísimo señor Pérez, Obispo de esta diócesis, desde que tomó las riendas del gobierno religioso, ha sido la formación y perfección de los sacerdotes, destinados á ejercer el importante cargo de administrar las parroquias.

Con este fin, no solo ha enviado algunos jóvenes y desea enviar otros á Europa para instruirse; no solo atiende al Colegio Seminario establecido, é impulsa el establecimiento del Colegio del Divino Salvador; sino que además, por las conferencias y retiro espiritual de todos los meses, tiende á mejorar y perfeccionar el clero, por la frecuencia del estudio y de los actos de piedad.

Es que el Ilustrísimo Prelado está convencido de la gran influencia, que el Párroco está llamado á ejercer en la sociedad; influencia que no puede compararse con la ejercida por ninguna otra dignidad. No resistimos al deseo de reproducir las bellas frases, con que un escritor célebre de nuestros días, describe la admirable influencia del Cura Párroco en la sociedad.

“Nadie tiene mas títulos que un buen Cura, para ejercer en los pueblos una influencia regeneradora.

“Entre el ruido confuso de un mundo superficial que se agita convulsivo, veis al Párroco, á ese hombre verdaderamente popular, porque es el Padre común de los feligreses, á quien, como fieles hijos, le obedecen y aman: hombre que, sin parecer grande, lo es en efecto; sin pretensiones de superior, ejerce una verdadera magistratura; sin aparato de autoridad, dicta leyes á los pueblos; sin ser padre, tiene una numerosa familia; sin ser médico, se le habla de todos los males; sin ser juez, termina todas las discordias; sin aparentar sabiduría, nada se acierta á emprender sin su consejo; hombre que, cuando no habla con Dios, para que salve á los hombres, instruye y guía á los hombres para que amen á Dios.

“El Párroco es un hombre al parecer divorciado del mundo y muerto al siglo; y no obstante, él pone en contacto las clases mas acomodadas de la sociedad con las mas pobres; él concilia todos los partidos; los reúne á todos en un mismo templo; les habla una misma lengua; dispensa unos mismos sacramentos; y hace que le amen y se postren todos ante un mismo altar, y enseña á todos el camino de una misma patria futura.

“El Párroco que no ostenta insignias ni decoraciones, no dispone de cárceles ni de ministros de justi-

cia; y no obstante, él hace que los súbditos presten obediencia á los superiores, y que estos amen á sus inferiores; que los padres eduquen cristianamente á sus hijos, y que estos respeten y honren á sus padres; que los criados sirvan fielmente á sus amos, y que los amos amen tiernamente á sus dependientes. Él defiende al pupilo y á la viuda; refrena los impulsos de la juventud, evita los pleitos, apaga las discordias, y contiene á todos en el cumplimiento de su deber.

“Es que el Párroco no es un simple hombre; el Párroco, desempeñando fielmente sus funciones, es la Religión misma personificada, que bautiza al pupilo, instruye al anciano, santifica la unión conyugal, trae al ignorante, reprende los vicios, inspira el remordimiento, deposita el cuerpo mortal en el sepulcro, y encamina el alma hacia la mansión de la eternidad.

“El Párroco es la Religión clamando en medio de la sociedad; y lo que él no haga, difícilmente podrá hacerlo otro. Así se ve que, donde el Párroco no ejerció su sagrado ministerio por estorbárselo los gobiernos, en vez de altares se levantaron cadalsos, y lo que no hacía el confesor, lo tuvo que hacer el verdugo.”

Por las anteriores palabras, se conoce claramente cuan benéfica y cuán laudable es la labor del Ilustrísimo Prelado, de preparar y perfeccionar á los que deben ejercer tal influencia en nuestra patria. Porque no hay duda; cuanto mas ilustrados y virtuosos sean los Párrocos, tanto mas cultas y morales serán las poblaciones.

Obsequio.—“El Católico” ha tenido el honor de recibir la preciosa obra, “*Viaje á Yucatán á fines de 1886*,” escrita en francés por Mr. Désiré Charnay, traducida al español y anotada por don Francisco Cantón Rosado, que el ilustrado traductor ha tenido la dignación de obsequiarle.

Este libro tiene para “El Católico” la doble estimación que merecen su valor intrínseco y el aprecio del distinguido literato mejicano, representado en ese obsequio.

Ese viaje ofrece el grandioso cuadro, no solo del alto grado de cultura, de riqueza, y de adelanto que ha alcanzado aquel importante Estado de la República Mexicana en los últimos años, sino además el de su importantísima arqueología, que guarda los secretos y las cenizas de la antigua civilización americana. Los monumentos y ruinas que describe, las importantes noticias que reúne; los estudios, pruebas y descripciones que contiene, harán esa obra muy apreciable á todos los que se dedican á la historia y á las antigüedades de nuestro continente.

El señor Cantón Rosado ha tenido la amabilidad de poner en la primer hoja del ejemplar obsequiado á “El Católico,” una hermosísima dedicatoria, en que le dirige las frases mas laudatorias y las significaciones de la mas cordial simpatía. “El Católico” da mil y mil gracias á su ilustre bienhechor; y aunque tiene la conciencia de no merecerlas, las acepta como esas palabras de aliento, que los hombres ilustrados tienen para impulsar las buenas intenciones y los esfuerzos que se hacen con buena voluntad.

Las simpatías del pueblo salvadoreño por la gran República Mexicana, la identidad de desgracias que uno y otro ha sufrido bajo el imperio del liberalismo, el generoso apoyo del Gobierno mexicano al del Salvador cuando este iba á perder su autonomía etc., harán que nuestros lectores vean con gusto las reproducciones ó extractos que haremos de algunos capítulos de esa bella obra.

Amagos de la Masonería.—Con motivo de la renovación de los magistrados de la Suprema Corte

bre todo lo natural, lo relaciona con lo divino, sobrenatural y eterno? La desgracia del hombre ó del pueblo privado de la fe es la mayor desgracia; y por consiguiente, los esfuerzos dirigidos á proporcionársela, son la mayor y mas meritoria obra de caridad.

Por esto la "Obra de la propagación de la fe, por medio de las misiones católicas entre los países infieles, se ha extendido tan rápidamente por todas las diócesis de la Iglesia y encuentra un eco tan fuerte en los corazones generosos.

El señor Cura de Arcatao ha practicado una obra eminentemente religiosa, sacerdotal y civilizada, instruyendo á los feligreses en la excelencia de la fe, en la desgracia de carecer de ella, y el deber sagrado de todos los cristianos de procurar su difusión en todos los hombres. Su palabra sacerdotal, como semilla sembrada en tierra fértil, ha producido, en los católicos de Arcatao los bellos frutos de la oración y de la limosna en favor de la "Obra de la propagación de la fé"; porque correspondiendo con caridad al llamamiento del Pastor, han dado sus pequeñas limosnas, que juntas forman la cantidad de \$24 7/4 rs. enviado á la Tesorería de la Obra para ser remitidos al Centro General de las Misiones extranjeras, que está en Lyon de Francia.

Establecida la Obra en esta diócesis por el Ilmo. señor Obispo, y abiertos los registros por el señor Canónigo Tesorero, Director de ella en San Salvador, los señores Párrocos que conforme a lo dispuesto por el Prelado, la hayan ordenado en sus respectivas parroquias, pueden enviar á dicho Director los informes correspondientes y las colectas hechas.

Ojalá los caritativos esfuerzos de los salvadoreños y sus generosas contribuciones en favor de la conversión de los infieles á la fe católica, merezcan de Dios el inestimable premio, de que esa misma fe se conserve siempre pura en nuestra patria.

SECCION DE LO EXTERIOR.

NOTICIAS RELIGIOSAS.

LEY DE ORO.—Por decisión del Gobierno brasileño, será remitido al Padre Santo un ejemplar magníficamente encuadernado de la ley de abolición de la esclavitud, llamada *ley de oro*, como debido homenaje de aquella nación. Una comisión especial lo llevará á Roma, y presentará á Su Santidad al propio tiempo la mas sentida expresión de gratitud, por el insigne honor concedido á la Princesa Regente con el donativo de la Rosa de Oro.

EL COMERCIO DE ESCLAVOS.—Un vapor italiano se apoderó en el Mar Rojo de una barca, que conducía quince niños y treinta niñas de la tribu de los Gallas, que habian sido hechos esclavos mientras se hallaban recogiendo leña cerca de su aduar y habian sido vendidos á negociantes musulmanes. El General Gené entregó á las hijas de San Vicente de Paul aquellos pobres esclavos, hoy libres y católicos; y que al terminar su educación, serán llevados y entregados á sus respectivas familias. Si los nuevos cristianos demuestran á sus padres y parientes las ventajas de la civilización sobre la barbarie, de la fe cristiana sobre las supersticiones de los Gallas, serán los mejores misioneros propagadores de la fe y convertirán á muchos de los suyos.

ANUNCIO CURIOSO.—Hace pocos dias ha publicado un periódico de Lóndres el anuncio siguiente:

"Tengo seis años, soy juiciosa, y sin embargo, mis padres me maltratan y no me dan de comer. No pudiendo sufrir mas este martirio, ruego á los buenos que me adopten."

Una nota de la redacción manifestaba, que una in-

ña, miserablemente vestida habia llegado a la oficina, portadora del anuncio transcrito, hecho por ella misma, y suplicando con lágrimas en los ojos que se sirvieran insertarlo.

Dato notable y que conforta el corazón: al dia siguiente, 700 peticiones habian sido dirigidas al periódico.

Todos se disputaban la niña, que, por último, fué adoptada por Lady Garmont, dama de honor de la reina de Victoria.

¡En todas partes hay corazones nobles y generosos!

—El dia 31 de Diciembre se celebró la clausura del jubileo sacerdotal de Su Santidad León XIII. La Basílica de San Pedro, donde se efectuaba la ceremonia, ofrecía brillantísimo aspecto, recordando la solemnidad y grandeza de la Misa del Papa en 1º de Enero del año último. Mas de cincuenta mil fieles ocupaban las naves de la Basílica; todo el cuerpo diplomático y la nobleza romana ocupaban las tribunas. Al entrar Su Santidad en el templo, llevado en la silla gestatoria, precedido y seguido de los Cardenales, la corte pontificia y el cabildo de San Pedro, una inmensa aclamación, que se prolongó por muchos minutos, le acompañó hasta el altar papal, desde el cual, despues del Rosario y el *Te Deum*, dió el Padre Santo la Bendición del Santísimo. La salud del Papa es excelente, y no hubo un solo asistente que no oyera devotamente su voz al vibrar el *Te Deum* y las palabras de la Bendición. Al retirarse se reprodujeron las aclamaciones, que resonaron al abrirse las puertas de la Basílica en la plaza misma de San Pedro, y ante la fuerza militar allí acampada por orden de Crispi.

—Mr. Lucas Rivigton, aquel ministro anglicano cuya conversión al catolicismo, obrada recientemente, llenó de verdadero estupor á sus antiguos correligionarios, acaba de publicar un opúsculo en que señala las razones que tuvo para volver á la religión de sus antepasados. En él examina y analiza las prácticas y opiniones de sus antiguos amigos y compañeros, los jefes de la secta protestante.

—El 8 de Noviembre último se verificó una ceremonia que rara vez se hizo en Inglaterra desde la época de la reforma. En aquel dia, se dió posesión de la abadía Benedictina de Bergolt á la nueva abadesa, María Gertrudis Lescher, á la que el obispo de Northampton, rodeado de gran número de PP. Benedictinos, entregó el anillo y báculo, insignias de su dignidad. La comunidad dicha se fundó en Bruselas por una hija del conde de Northumberland, emigrada de su país á causa de las persecuciones religiosas. Arrojadada de Bélgica por la revolución, volvieron las Benedictinas á Inglaterra, donde se goza de paz religiosa despues de tres siglos de persecuciones; y allí, con sus tradiciones y recuerdos, hoy como antes, bajo el tosco sayal, se cobijan los mas respetables apellidos de católicos ingleses. La abadesa actual es la décimo octava en sucesión directa desde la fundadora, lady Joanna Berkeley.

—El Padre Santo continúa haciendo regalos á varias catedrales, en memoria de su Jubileo sacerdotal. A la de Vercelli ha destinado un lindo y artístico cáliz, que le regaló la archicofradia del Sagrado Corazón de Jesús en Roma, en su nombre y en el de todas las cofradías italianas. A la de Agnani ha enviado una casulla española, un cáliz, una custodia y varios ornamentos, que han de ser distribuidos á las iglesias pobres de la diócesis. A la catedral de Milán ha enviado una mitra y una estola, bordadas de oro y adornadas con millares de perlas, regalo del Patriarca de Siria. Tambien Su Santidad se propone enviar varios regalos á diferentes catedrales y templos de España.

—Sigue en Europa á la orden del día la llamada *Cuestión romana*. Los periódicos de Holanda publican la invitación á los católicos de Neerlandia para que asistan al Congreso de Utrecht, con el fin de protestar contra la situación en que el Gobierno italiano ha colocado á la Santa Sede. Entre los firmantes de este documento figuran los nombres del general Reuthen, ministro que fué de Guerra; Luyben, ex-ministro y secretario de Estado; El conde Marchaut, dignatario en la corte; cuatro senadores, diez diputados y muchos miembros de los consejos provinciales y municipales. En el Parlamento de Austria se pronunció un notable discurso por el diputado Zallinger, encaminado á demostrar que la *Cuestión romana* exige una pronta solución, afirmando que Italia no tendrá paz mientras no se restituya al Papa lo que por derecho le corresponde. En Gante, gran número de católicos de Bélgica, con asistencia de los obispos de Lieja, Gante y de Tournai, firmaron también una proposición, declarando que deploran la situación en que se encuentra el Romano Pontífice, y hacen votos porque se restituya al Papa la independencia territorial de que fué privado por los gobernantes de Italia.

—Dan cuenta los periódicos de Londres del arribo á dicha capital de una campana monstruosa, con destino á la catedral de San Pedro. Esta fenomenal lengua metálica pesa 77 toneladas, ó sean, 1,540 quintales, es decir, 38,500 arrobas, y ha sido fundida en Longalarough, condado de Leicester. Desde allí ha sido conducida á Lóndres, mas de 40 leguas, sobre una gran cureña de madera arrastrada por una locomotora, sin que haya ocurrido otro accidente de alguna entidad que el haberse hundido las ruedas tan profundamente en unas tierras mojadas, que hubo que emplear tres días para desenterrarlas y limpiarlas. Esta maravillosa campana es de cobre y estaño, y su eco se oirá perfectamente á 20 leguas de distancia. Su objeto principal es el de dar las horas repetidas, para sobreponerse al estruendoso bullicio de aquella inmensa capital; pero además anunciará la muerte de la familia Real, del obispo de Lóndres, el deán de la catedral y del lord Corregidor.

—En la actualidad hay sesenta Cardenales: treinta y tres italianos, nueve austriacos y alemanes, seis franceses, cinco ingleses, cuatro españoles, dos portugueses y uno americano. El Cardenal de mas edad es Mons. Newmann, que nació en 1801; hay otros seis octogenarios en el Sacro Colegio.

SECCION DE VARIEDADES.

Los médicos y los milagros de Lourdes.

Si es cierto que el mayor enemigo de cada ciudadano es el de sus propio oficio, como reza el proverbio, también debe serlo que la gente mas interesada en dudar de los milagros es la benemérita clase facultativa, la cual suele sonreír en oyendo hablar de novenas y de velas encendidas, por lo que semejantes recursos ponen en tela de juicio su competencia y su saber.

Y, sin embargo, médicos son y tienen que ser los que dan fe en la averiguación de los verdaderos milagros. Y de médicos se compone la *oficina de averiguación* de milagros, que constantemente funciona en la Gruta de Lourdes.

En ella se hace una información sobre cada milagro, con todas las formalidades deseables y por hombres competentes. El doctor de Saint-Maclou procede al estudio de los hechos, y lejos de buscar el misterio y huir el examen, invita amable y tenazmente á sus colegas á que le ayuden; así ha formado una clínica interesantísima.

En la última romería de Agosto, veíanse á su lado estudiantes de medicina de París y de Nancy, y varios médicos respetables de provincias. A la sazón había en Lourdes cerca de mil enfermos llegados de todos los puntos de Francia, cada uno de los cuales era portador del certificado del correspondiente facultativo, atestiguando el estado de la enfermedad, duración y tratamiento seguido.

Con señalantes datos, y designando á cada enfermo con su número respectivo, es fácil estudiar, inquirir y comparar. Cuando, por ejemplo, se trata de una anquilosis ó una llaga, se averigua la causa, naturaleza y mejoría en las funciones de un miembro; se procura por medio de un estilete abrir los trayectos fistulosos cerrados y llegar hasta los vasos, hasta los huesos cariados.

Concluido el examen, los médicos se guardan muy bien de proclamar la curación como el vulgo: saben que allá no tienen mas que los primeros datos del problema, y que los demás están por averiguar. Una vez vuelto el enfermo á su pueblo, debe hacer certificar por su propio médico la mejoría ó cambios ocurridos en su padecimiento, y remitir el certificado á Lourdes, donde lo reúnen á su expediente. Pasan tres meses ó seis meses; nuevo examen, nuevos certificados legalizados. Entonces queda concluido el procedimiento, pero el médico de Lourdes no añade tampoco ninguna consecuencia á esta información.

Otros médicos, que no conocen ni á los enfermos ni á los informantes, se encargarán de consignar lo que arroje el expediente.

Frecuentemente los mas incrédulos, sin esperar el resultado de la información, tienen que rendirse á la evidencia, y mas de un caso pudiéramos citar en que el médico se ha convertido, abierto los ojos á la fe y muerto cristianamente, despues de uno de estos milagros.

Siéndonos imposible referir en pocas líneas los muy notables que últimamente han llamado la atención, narraremos brevemente el mas conspicuo de todos, el de la aguja.

Siete años há que una joven, llamada Celestina Dubois, se introdujo una aguja en la mano. No habiéndosele podido sacar, la mano se le puso hinchada y dolorosa, rígidos los dedos, contraídos los tendones, sensibles los nervios. Varias tentativas inútiles habían hecho los médicos para extraerle aquel cuerpo extraño, y al partir la enferma de París, declararon que esta se hallaba en el hueco de la mano. Con la presión se conocía el sitio, y por una reciente incisión, veíase confirmado el hecho.

Apenas introdujo la enferma su mano en la piscina de Lourdes, sintió pesadez seguida de violento dolor. Una amiga que la acompañaba le mantuvo la mano en el agua, y ¡cuál no fué su estupefacción, al ver que los dedos hasta entonces cerrados se abren, y que sacada la mano del agua, la aguja empieza á salir por la extremidad del dedo pulgar!

En pocos minutos, la aguja había recorrido sola *seis centímetros* de camino. No hubo mas que agarrarla de la punta y sacarla sin dificultad. La mano ha quedado completamente curada, sin dolores ni inflamación, y funciona como si jamás hubiera dejado de maniobrar. Los médicos *inquiridores* de milagros confiesan que este es uno de los mas asombrosos.

Y cuéntese que el *Journal de Lourdes* refiere hasta once, todos ellos examinados, contrastados y calificados de notabilísimos por el escrupuloso sistema que acabamos de bosquejar.

Copiado.